

ENTROPIA, PSICOLOGIA Y ALGUNAS CONSIDERACIONES POLITICAS

A.R. Kauth—M.I. Falcón
Universidad N. de San Luis

RESUMEN

El segundo principio de la termodinámica (físicoquímica) habla de la entropía. Este principio ha llamado la atención de los científicos sociales porque establece la irreversibilidad de los fenómenos naturales, a los que se pueden agregar los fenómenos sociales e históricos. Por analogía, el concepto de entropía puede ser utilizado por los psicólogos políticos para conocer el objetivo de muchos discursos políticos, que terminan perdidos en los cósmicos "agujeros negros".

ABSTRACT

The second principle of thermodynamics (psysical chemistry) refers to entropy. It has drawn social scientists' attention due to its staments of irreversibility of natural phenomena to which social and historical ones can be added. By analogy, the concept of entropy can be dealt with by political psychologists in order to understand the aim of diverse political discourses which end in cosmic "black holes".

*El tiempo es un tigre que me devora,
pero yo soy el tigre.*

Jorge Luis Borges

El segundo principio de la termodinámica habla de la entropía; éste es un término generado desde la parte de la física y la química que estudia las propiedades macroscópicas de la materia. La primera formulación del segundo principio de la termodinámica fue elaborada en 1824 por Sadi Carnot y, en 1850, Clasius le proporcionó su forma matemática rigurosa. En términos muy generales, la entropía establece que en toda transformación de energía dentro de un sistema cerrado, se produce una degradación de la energía misma —especialmente calor—, es decir, una pérdida de la energía total disponible en el sistema.

Este principio fisicoquímico ha llamado la atención tanto de los científicos sociales como —desde antaño— de los filósofos, porque ha estableci-

do (1) la irreversibilidad de los fenómenos naturales. El concepto de entropía tiró por tierra la mecánica clásica o newtoniana, que postulaba la reversibilidad absoluta de los fenómenos e, inclusive del tiempo cronológico, que desde siempre ha sido objeto de atención tanto de filósofos como de científicos.

El uso del concepto de entropía —fuera del ámbito de las ciencias duras (Rodríguez Kauth, 1996)— se ha difundido entre las llamadas ciencias blandas, aunque pensamos que con frecuencia no se utiliza correctamente, es un instrumento útil para los políticos, los politólogos y los psicólogos políticos en sus intentos de explicar, pronosticar y comprender algunas expresiones de las conductas electorales, y en general de todas las conductas políticas.

En termodinámica se considera que el motor óptimo es aquel que ya construido, funcione por sí mismo, es decir, que no necesite fuente alguna de alimentación, sin suministro de combustible o energía. En términos informáticos estaríamos hablando de una computadora que se procesa a sí misma y que durante tiempo indefinido no necesita alimentación de información externa. Los esfuerzos hechos desde la física cuántica no han conseguido aún un motor que tome energía del ambiente, la transforme en trabajo y la devuelva de modo periódico al medio en las mismas condiciones iniciales para, de ese modo, reiniciar el ciclo. Esto, que hasta ahora ha resultado imposible de alcanzar pese a los esfuerzos científicos y tecnológicos, tampoco se ha verificado en el campo de las ciencias blandas, especialmente entre ellas la historia. Esta disciplina, como todas las otras calificadas de sociales o humanas, ha demostrado que el principio de irreversibilidad les atañe de igual forma que a las ciencias llamadas duras.

La entropía no es otra cosa que una función de las variables que definen el estado de un sistema, cualquiera éste sea. La sociedad, la política que se hace y los elementos psicológicos y psicosociales que participan en la misma, también forman parte de un sistema social (Parsons, 1951), que se caracteriza por ser parcialmente cerrado y parcialmente abierto; ya que en el ámbito de lo humano o de lo social no pueden existir sistemas absolutamente cerrados (2).

Con el fin de anticipar hacia donde queremos llegar, es el momento de establecer una analogía que puede resultar interesante a los efectos del posterior tratamiento del tema: que la entropía es a las ciencias de la materia, lo que el cambio social o histórico es a las ciencias humanas.

En el plano de lo político, sobre todo cuando han dejado de existir los «votos cautivos» (3), los políticos no suelen tener en cuenta que cuando un voto se aleja de la disciplina electoral, no solamente se ha perdido ese voto,

sino que el mismo ha sido ganado por la oposición. Un ejemplo sencillo, si hoy Menem tiene 10 votos y la oposición expresada por el radicalismo y el Frente Grande tiene 5 en conjunto, entonces la pérdida de un voto menemista significa que la diferencia del 50% que tenía el primero se reduce al 33%. Es una simple operación aritmética que hace que Menem pase a tener 9 votos y la oposición 6.

Si se interpreta esta operación en términos de la lógica con que se votó en 1995, y que le permitió acceder a Menem a un segundo mandato consecutivo de Gobierno, se verá la importancia que tienen los votos que se *pierden*, ya que esto no es tan simple, debido a que en realidad se *transforman* en votos en contra. En la oportunidad que estamos comentando, los votos perdidos fueron los de la oposición, que pasaron a engrosar el caudal electoral de Menem, lo cual le permitió tener casi el 50% del electorado y de esa forma lograr la tan anhelada reelección.

Nada se pierde, todo se transforma, es una afirmación falsamente materialista, que tiene su origen en una Ley química de Lavoissier, que también nos interesa, pero que es incapaz de concebir la nada y la muerte como un modo de final feliz para evitar la nada absoluta. También, esta existe en política y se expresa con la *pérdida* del votante —biológica y cívicamente muerto— que figuraba como cautivo en las plantillas de alguna expresión electoral. Es evidente que sería un desatino intelectual considerar a los nuevos empadronados como reemplazantes de aquella pérdida, ya que si bien, en términos de probabilidad, uno o más de uno reemplazará al muerto en la intención posible de voto, sin embargo no se tienen en cuenta las diferencias generacionales y situacionales de expresar la voluntad electoral por parte del soberano (Hobbes, 1651). Asimismo, psicológicamente hablando, la pérdida de energía psíquica —o corporal— se traduce en lo que Freud llamó el *instinto de muerte*, que aunque no es universalmente aceptada, sin embargo es imposible negarla por el simple hecho de que todos los humanos nacen para terminar muriendo (Carpintero, 1997).

Por otra parte, las ciencias sociales —especialmente en este caso que nos ocupa que son la historia, la política y la psicología— no pueden olvidar los principios de reversibilidad e irreversibilidad que genera el concepto de entropía.

En este punto no podemos dejar de llamar la atención sobre la necesidad de unir el pensamiento de dos intelectuales alejados en el tiempo y el espacio, como son C. Marx e I. Prigogine. La relación que pretendemos establecer entre estos dos pensadores lejanos en el tiempo y el espacio físico, como así mismo alejados entre sí por el tratamiento de objetos de conocimiento tan diversos como pueden ser la historia y la fisicoquímica, puede

parecer una aventura del intelecto que va más allá de lo que se puede esperar del mismo.

Según los dichos del más antiguo, Marx, el trabajo no se vende como cualquier otra mercancía del mercado, sino que lo que se vende es fuerza de trabajo, que es una mercancía única para quien la produce, ya que es la propiedad del vendedor, que una vez desgastada no se puede recuperar por el propio desgaste fisiológico y psicológico del trabajador/vendedor. Quien vende la fuerza de trabajo no puede reponerla como se reponen las mercancías del estante. Como dice Nicolaus (1971) «... sólo el trabajo tiene la capacidad de crear valores donde anteriormente no existía valor alguno, o la posibilidad de crear valores mayores que los necesarios para mantenerse a sí mismo». Así aparece lo que se conoce con el nombre de plusvalía, ya que lo que se compra es poder creador, que luego será utilizado por el comprador para el cambio mercantil.

La irreversibilidad —concepto sobre el cual ha trabajado Prygogine— no es un fenómeno que aparezca solamente en los espacios correspondientes a la física o a la química, también se la puede encontrar —dentro de las ciencias duras— en el ámbito de la biología, hasta el punto que se puede hablar de una irreversibilidad de la evolución. Si bien es cierto, esta ley —o casi ley de la biología— nos enseña que una tendencia adaptativa que tiene una dirección nunca vuelve hacia atrás, sin embargo presenta excepciones que no anulan el sentido general de la irreversibilidad. La irreversibilidad no es absoluta, pero la reversibilidad tampoco lo es. Por ejemplo, algunas formas de vida animal actualmente terrícolas han retornado al espacio acuático, con lo cual resurgieron características ancestrales. Valga el caso de los ictiosauros (reptiles) y de los cetáceos (mamíferos), con el retorno a una morfología externa pisciforme, pero que continúan respirando por los pulmones y que por el conjunto de sus caracteres (excepto la estructura morfológica y la presencia dentaria) han permanecido fieles a la estructura típica de mamíferos y reptiles. De esta manera reaparece —vuelve a hacerse presente— aquella sentencia de P. Sorokin (1956) cuando afirmaba, con criterio presocrático (4), que el cambio social —y también el biológico— hace que los mismos fenómenos sociales vuelvan a aparecer en el espacio, pero siempre en condiciones diferentes, es decir, es algo así como que la espiral del cambio puede ser evolutiva o involutiva, pero nunca los episodios sociales vuelven a repetirse de una manera exactamente igual, del mismo modo en que ocurre en el ámbito de la naturaleza.

Si se tiene en cuenta esta teoría del cambio social, entonces es posible comparar aquello de la fuerza de trabajo, de Marx, con el concepto de I. Prygogine de irreversibilidad. En última instancia, las concepciones de uno

y de otro pensador se complementan. Sin embargo la concepción de Marx es una exposición teórica más limitada porque está referida solamente a un espacio acotado de los acontecimientos de la historia social, aunque Engels (1871) haya intentado también trasladarla al ámbito de los fenómenos exclusivamente materiales. En cambio, la posición de Prygogine es mucho más amplia porque proporciona una perspectiva histórica a los fenómenos físicos, es decir, envuelve dentro de una mirada con sentido histórico la historia de los macro—hechos de la vida y del Universo.

De la breve síntesis que hemos realizado de ambos autores y teniendo presente el objetivo que presentamos al principio, podemos sacar la conclusión de que tanto los políticos como los analistas de la política —y sobre todos los que lo hacen desde la psicología— no pueden ignorar el sentido de la entropía producida por diversas razones, entre las que deben considerarse variables de orden objetivo/subjetivo como el estado de la economía, el respeto por las libertades individuales, el estado de dependencia o independencia en que se encuentre la Justicia y el Parlamento, etc.; como así también variables de estricto orden subjetivo —aunque no por eso desafectadas de las cuestiones objetivas— como son las motivaciones, el estado que transita la economía de «bolsillo» y la saturación por la permanencia o cristalización de un sistema o forma política de gobierno. Si esto no fuera así, bastaría con guardar los resultados de la primera elección de cada país y ya se tendría gobernante —o sistema de gobierno— «para la eternidad». Lo cual, sin duda, es un verdadero disparate, no solamente intelectual, sino también político en su sentido estrictamente republicano. Si se observa el acontecer de los hechos históricos, en la monarquía existía algo parecido a lo que acabamos de sostener. Un Rey era ungido por la voluntad de un grupo de nobles o aristócratas y eso duraba únicamente el tiempo que soportaba mantenerlo con la corona sobre la cabeza, otro conjunto de príncipes y aristócratas —o el pueblo llano. Cuando se cansaban o entraban en conflicto los intereses del Príncipe con las otras fuerzas de poder, era —en el mejor de los casos— enviado al exilio, aunque lo común en la historia era hacerle desaparecer físicamente, como una forma de que expiara sus culpas y de que su dinastía no retornara jamás. Pero también en esto la historia juega malas pasadas; la Revolución Francesa guillotina a Luis XVI, terminando de ese modo con el reinado de la Casa de Borbón y de esa manera instaurando la República. Iniciado el Siglo XIX la propia Revolución corona —ya en decadencia— a Napoleón Bonaparte como Emperador de Francia y, gracias a fuerzas externas —en este caso—, lo terminan enviando al exilio en la isla de Santa Elena. Pero cuatro décadas después un Bonaparte

juró como nuevo y renovado Emperador de Francia —Luis Felipe— en nombre de los estatutos de la Revolución Francesa de 1779 (Marx, 1854).

Y en este punto, no podemos dejar de traer nuevamente el pensamiento de Freud con su concepto de *compulsión a la repetición*; éste se puede definir como la repetición de conductas o acciones por parte de individuos —o grupos sociales, en nuestra lectura— que les resultan, subjetiva y objetivamente, no placenteras. Serían conductas que contradicen claramente esa tendencia al placer, postulada por Freud desde el psicoanálisis en sus inicios, como uno de los principios básicos del funcionamiento psíquico. Sin embargo, es muy difícil encontrar la tentativa de satisfacción de un deseo, incluso la de un deseo reprimido, en esta tendencia a repetir conductas desagradables. Si se toma literalmente en cuenta este concepto psicoanalítico, parece que la irreversibilidad de los procesos, en este caso de los procesos psíquicos —y por que no, también sociales— desvirtúa lo que acabamos de exponer antes. Sin embargo, la pulsión puede adoptar múltiples formas, posiblemente debido a que, como sostenía el propio Freud, en relación con lo pulsional hay tantos destinos como sujetos y un mismo sujeto puede encontrarse en diferentes destinos. En definitiva, la compulsión a la repetición no se reproduce completamente de la misma forma con idénticos objetos de llegada, sino que la propia compulsión participa de las características de lo inestable y de lo relativo, propio de la condición humana y de los procesos sociales que la acompañan y complementan.

Si rescatamos estos conceptos —instinto de muerte y compulsión a la repetición— del ámbito de lo teórico y de la práctica clínica, y los trasladamos al campo de los fenómenos sociales en general y al de los hechos políticos en particular, entonces nos muestran en forma casi continua que existen acciones que suponen verdaderos suicidios políticos, tanto de dirigentes como de organizaciones partidarias ¿Qué es lo que lleva a un dirigente o candidato político a hacer lecturas disparatadas de la realidad que, obviamente, terminan en rotundos fracasos? Algunos analistas suelen hablar de «entornos» siniestros y manejables, pero más allá de esta explicación simplista (5), una persona o un grupo, frecuentemente, llegan a alcanzar niveles altos de poder político. Esto implica que en su momento llegan a tener un claro principio de realidad, pero después de un tiempo acometen las más insensatas acciones que les hacen perder rápida —o lentamente— el terreno duramente ganado en las luchas por el poder.

La historia está plagada de estos episodios, llámense los antiguos Imperios: Persa, Romano, Germánico, Carolingio, etc., o bien tomen el nombre y apellido de demócratas o dictadores que pretendieron perpetuarse en el poder por sí mismos, o a través de sistemas «que duren un milenio»

(Hitler). La historia es elocuente y lapidaria, éstos terminan cayendo desde la cima más alta del poder al espacio llano del pueblo; en otros casos han perdido la cabeza a manos de aquéllos que durante un tiempo —largo o corto, no importa cuanto— acataron sus mandatos.

En este caso, creemos que es válida la explicación que proporciona la entropía. La energía que se tuvo en un principio se agota, incluso se degrada en formas de gobierno corruptas y en otros casos llega a la cristalización paralizante, con lo cual ya poca vida le queda. Pero no solamente la energía del gobernante se degrada o se agota, lo mismo ocurre con la energía de los pueblos, los cuales parecen saturarse de las consignas cuando ya han sido logradas o cuando no hay nada nuevo que ofrecerles. Este fenómeno político-social, se puede explicar por medio del concepto de entropía, ya que existe una dispersión de la energía que no se puede retomar y entonces, cuando el organismo se ha quedado sin energía, irremediamente se muere. Esto no es una metáfora tomada de la biología, es una realidad que ocurre en todo cuerpo social y que permite explicar la desaparición de sistemas políticos que se creían indestructibles. El llamado *comienzo del séptimo año* no es gratuito. Como tampoco ha sido gratuito ni azaroso el sentido dado a las constituciones políticas (6) que impedían la reelección del mandato de los gobernantes. No tenían por objetivo preservar incólume la figura del gobernante, su objetivo era dar al pueblo la posibilidad de buscar algo nuevo en materia de gobierno, aunque después de algún tiempo cayeran en la *compulsión a la repetición* e hiciese retornar al antiguo gobernante. Para el caso, nada mejor que los actuales renacimientos nazis o stalinistas que se están dando por toda Europa y que, en América Latina, se vienen expresando como moneda corriente con múltiples dictadores y pretendidos demócratas —o malos aprendices de tales— de raigambre populista que han entrado en la moda de institucionalizar las reelecciones.

Es como si el calor, retomando el principio termodinámico —cuando se ha tornado mecánico, es imposible de que vuelva a tener la misma cuota ni calidad de calor original—, de aquel que llevó a la cúspide política de gobierno al interesado, al quedar convertido, por esta razón, en un mero proceso mecánico haya perdido el sentido mesiánico que daba calor —y color— a una postulación política. Este fenómeno de desgaste de energía, no solamente se se puede ver en quienes detentan o han detentado el poder; también les ocurre a los dirigentes de la oposición que —al igual que los astros— llegan a un cenit y luego se eclipsan políticamente.

Un historiador argentino —Félix Luna (1996)— explica el fenómeno anterior a partir de la lectura de que cada figura pública relevante está asociada o *encadenada* a un valor determinado que sostiene como *caballo de*

batalla. Para confirmar estos dichos recurre a tres ejemplos reales de la historia argentina, dónde cada caudillo llevaba su lema: rosas con el orden para terminar con la anarquía; Yrigoyen con el voto libre para terminar con los gobiernos de minorías; Perón con la justicia social para terminar con los desequilibrios. Pero cuando estos hombres lograron hacer realidad esos valores fundamentales de su política, entonces se incorporaron a las prácticas sociales cotidianas y perdieron su encanto. Cuando esto ocurre, el portador visible del valor en cuestión, se hace fácilmente reemplazable o sustituible por un nuevo valor que ha tomado prioridad en el imaginario social que cubre su ámbito espacial de influencia política.

Es evidente que la habilidad de un político —y de los analistas que lo aconsejan— tendría que apoyarse en la acertada lectura del imaginario y de los imaginarios que circulan por su espacio social; pero la experiencia nos indica que no es habitual que se produzca de este modo la conducta política del gobernante. Al contrario, es frecuente que el político o el partido político que ocupa el poder pierda toda o gran parte de la capacidad para entender las exigencias actuales de sus gobernados, que manifiestan otras necesidades distintas a las que lo llevaron a la cima del poder público. El propio Félix Luna lo explica de esta manera: «La sensualidad del poder, el aislamiento del gobernante, la certidumbre continua, pueden ocasionar dificultades. El político que triunfó levantando una bandera seductora no se da cuenta que su causa se marchita. Está cada vez más solo y la realidad, que antes intuía o conocía, se convierte en una abstracción modificable por la voluntad». Como vemos, el *marchitarse* de una causa también tiene una explicación orgánica, es la falta de energía para continuarla o reemplazarla por otra que sea más convincente y que responda a las reivindicaciones del electorado.

A veces —mucho más frecuente de lo esperable— los dirigentes políticos que gobiernan creen que todo es cuestión de cambiar de imagen. En este sentido, la metodología del mercado, trasladada de la venta de un producto comercial a la imagen de un político, suele ser completamente nefasta. En mercado es cuestión de cambiarle el envase —empaquetar— una galleta para que el público la consuma más. Cambiar el envase a un político es pura y exclusivamente *vedettismo* dicharachero. De este modo, si se recorta las patillas, se tiñe el pelo, se cubre la incipiente calvicie con un «quincho» o la pelambre de un gato, poco hace para recuperar la imagen perdida. La cuestión es de fondo y no de apariencia y si se ha cumplido el tiempo para que se haya perdido la energía original, entonces se produce la cuesta abajo definitiva. Como dice Angel Alvarez (1997), la actuación sustituye a la acción y la imagen reemplaza a lo imaginado.

Afortunadamente la dispersión provocada por la entropía hace que cada nuevo acto electoral esté plagado de sorpresas, que vienen acompañadas — siempre— de alegrías para unos y tristezas para otros. La propuesta delirante de algunos politólogos de reemplazar el sufragio universal por el permanente uso de encuestas de opinión no es más que una intención egoísta de mantener un negocio. Ninguna encuesta de opinión o de actitudes (Rodríguez Kauth, 1987) puede ser capaz de interpretar la voluntad implícita del elector. En este sentido, Sánchez Moreno (1996) ha demostrado la falacia de las encuestas debido a lo que denominó la respuesta de vergüenza ante la presencia del encuestador, vergüenza que se pierde en la soledad e intimidad del cuarto oscuro.

Hemos preferido utilizar hasta ahora el concepto de entropía por la sencilla razón de que todo acontecer político es —en el fondo— un hecho de naturaleza material, en donde la dispersión de los conjuntos —tomados en sentido matemático— deben ser considerados como elementos inestables dentro de un orden relativo o, si se prefiere, dentro de un caos relativo; ecuación —la del caos y la del orden— que deben ser consideradas no como independientes absolutos entre sí, sino como pares dialécticos y contradictorios que se complementan para mantener un equilibrio inestable (Rodríguez Kauth, 1974) o, si se prefiere, una inestabilidad equilibrada, que es el estado que hace que tanto el mundo exclusivamente material, como el mundo social y materialmente humano puedan mantener curvas de crecimiento y de descenso, que son las que le dan el sabor —a veces dulce y muchas otras agrio— a los episodios imprevisibles de la vida, tanto en lo individual como en lo colectivo.

-
- (1) Al no haber una devolución exacta de la energía mecánica en calor.
 - (2) La Cortina de Hierro en la Unión Soviética y la Cortina de Bambú en la China, han demostrado el fracaso de pretender manejarse con sistemas absolutamente cerrados.
 - (3) Aunque esto no quiere decir que hayan desaparecido totalmente. En la actualidad, en Argentina, cualquier expresión política que testimonie los mitos del peronismo errante (Rodríguez Kauth, 1994), convoca a un sector de votos cautivos por tal mitología.
 - (4) Recordar a Heráclito cuando decía que "nunca nos bañamos en un mismo río".
 - (5) Que muchas veces es verdadera, aunque no por eso casual.
 - (6) Constitución Nacional, Carta Magna.

Referencias

- Abbagnano, N.: Diccionario de Filosofía. Fondo de Cultura Económica, México, 1963.
- Achterberg, M.C. de (1973): *Temas de Termodinámica*. Eudeba.
- Alvarez, A. (1997): Comunicación personal vía e-mail. Caracas, 3/1/97.
- Carpintero, E. (1997): La muerte como pulsión. El cuerpo como lugar del inconsciente y sus efectos en el tratamiento de pacientes en situaciones de crisis". Inédito, Primer Informe de Tesis Doctoral. Buenos Aires.
- Engels, F.: (1871) *Dialéctica de la naturaleza*. Editorial Cartago, Buenos Aires, 1957.
- Fromm, E. (1964): *Marx y su concepto del hombre*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Hobbes, Th. (1651): *Leviatán*. Ed. Nacional, Madrid, 1979.
- Luna, F. (1996): Drama y tragedia de los ídolos que caen. Suplemento Enfoques, Diario La Nación, Bs. Aires, 15/9/96.
- Marx, C. (1854): *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1992.
- Marx, K. (1964): Manuscritos Económico Filosóficos. En Fromm, 1964.
- Marx, K. (1971): *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*. Editorial Signos, Buenos Aires.
- Nicolaus, M. (1971): El Marx desconocido. En Marx, 1971.
- Parsons, T. (1951): *The Social System*. The Free Press, Glencoe.
- Prygogine, I.-Stengers, I. (1990): *La Nueva Alianza. Metamorfosis de la ciencia*. Ed. Alianza Universidad, Madrid.
- Rodríguez Kauth, A. (1974): Necesidades, Motivación y Frustración desde la Psicología Social Crítica. *Boletín Uruguayo de Sociología*, (Montevideo), Nº 21/22.
- Rodríguez Kauth, A. (1987): *Psicología de las Actitudes y Estructuras Cognitivas*. Ed. de la Univ. Nac. de San Luis.
- Rodríguez Kauth, A. (1994): *Lecturas psicopolíticas de la realidad nacional desde la izquierda*. Centro Editor de América Latina (Buenos Aires).
- Rodríguez Kauth, A. (1996): "Ciencias Duras vs. Blandas: Una Disociación Esquizoide o una Relación Perversa?". *Revista Propuestas*. U. N. de La Matanza, B. Aires, 2, 4.
- Sánchez Moreno, E. (1996): Psicología de la Política Española (tras las elecciones del 3 de marzo)". *Rev. Iniciativa Socialista*, Madrid, Año 8, Nº 41, 1996.
- Sorokin, P. (1956): *Estratificación y Movilidad Social*. Ed. Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Varios (1994): *Enciclopedia de la Ciencia y de la Técnica*. Ed. Danae, Barcelona.

Angel Rodríguez Kauth es Profesor Titular de Psicología Social. Es asimismo Director del Proyecto de Investigación *Psicología Política* en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de San Luis. Autor de *Lecturas psicopolíticas de la realidad nacional desde la izquierda* (1994).

Mabel Inés Falcón es Profesora de Psicología Educativa (línea Clínica). Perteneció al equipo de Investigación de *Psicología Política* de la Facultad de Ciencias Humanas.

Universidad N. de San Luis. Facultad de C. Humanas. Secretaria de Ciencia y Técnica. Avda. Ejército de los Andes 950 5700 San Luis. Argentina